

### Capítulo XXX.

La última esperanza.

El silencio continuaba reinando en Méjico.

Aquellos valerosos adalides que habian peleado como héroes por la independenciam de la patria, no parecían.

Sin embargo, Hernan Cortés conocia lo bastante el corazon humano para comprender que pasada la consternacion que se habia apoderado de ellos, volverian con nuevo ímpetu, con nueva rábiam, á combatirlos.

El cuartel habia quedado muy mal parado despues del último ataque, y empleó á sus soldados en aquellos dias de descanso en reparar los desperfectos y en fortificar mejor, no sólo ya el cuartel, sino sus avenidas.

Motezuma parecia más tranquilo.

La esperanza le sonreia en los ojos de Guacalcinla.

Pero tanto la hija como el padre, esperaban con ánsiam la respuestam de Guatimozin.

No tardaron en volver los tlascaltecas á quienes habiam comisionado Guacalcinla para que hablaran á su esposo.

Su respuestam era categórica y definitiva.

—Guatimozin, tu esposo,—la dijeron,—está resuelto á recordar su deber á los mejicanos, á devolver á Motezuma todo su prestigio, á colocarle de nuevo en el trono con el mismo esplendor que teniam antes de que vinieran los españoles. Pero exige en cambio una condicion ineludible.

—¿Cuál?—preguntó Guacalcinla con gran ansiedad.

—Exige que primero salgan los españoles de Méjico y vuelvan á su patria. Exige que rompa el pacto que ha hecho con ellos, declarando como heredero de su trono al rey de los españoles; y si no acepta Motezuma esta condicion, si persiste en tener á su lado á los enemigos de los mejicanos, Guatimozin, como esposo y señor tuyo, te manda que vuelvas inmediatamente á Tacuba, porque entonces, sin consideracion de ningun género, procurará ponerse al frente de los mejicanos, no ya para salvar á tu padre, sino para salvar á la patria.

Guacalcinla se apresuró á comunicar á Motezuma los deseos de Guatimozin.



Las palabras de la joven produjeron una gran emocion en el emperador.

— Eso nunca, — contestó al oír las proposiciones de Guatimozin.

Yo no puedo faltar á mi palabra; yo no puedo desobedecer la voluntad de los dioses, que de diversos modos me han aconsejado que acate y venere á los españoles como descendientes del gran Quetzalcoal.

Con toda la solemnidad propia de un soberano, he declarado mi heredero al rey de los extranjeros, y los mejicanos deben respetar mi voluntad.

Guatimozin es además de mi hijo mi vasallo, y no soy yo quien debe aceptar sus condiciones, sino él acatar las mías.

— Piensa, padre mio, que es él único medio de devolver la felicidad á tu imperio el que Guatimozin te ofrece.

— ¿Cómo se atreve á ofrecerme servicios con condiciones imposibles de aceptar?

Mi resolucion es irrevocable.

Los españoles partirán, porque ese es su deseo, porque así me lo han ofrecido.

Pero no partirán por que yo les arroje de mi lado.

Seria indigno en mí el faltar á mis promesas, á la lealtad jurada, y prefiero la muerte á la deshonra.

— En ese caso, mi deber es obedecer á mi esposo, si él me manda que me aparte de tu lado.

— ¿Tambien tú me abandonas?

— ¿Qué quieres, padre mio?

— Yo creia que ya se habian acabado los dias del dolor; pero veo que ahora empiezan. ¡Cúmplase la voluntad del gran Tezcalepuzca!

— ¡Adios, adios, padre mio!

Motezuma iba á contenerla; pero en aquellos momentos entró en la estancia Hernan Cortés para anunciarle que la emperatriz, sus hijos y sus servidores acababan de llegar, y deseaban verle.

Poco despues penetraron en el aposento del enfermo, y unieron sus súplicas á las de Guacalcinla.

Todo fué inútil.

Motezuma aseguraba á todos que si los mejicanos no le prestaban inmediata obediencia, que si los jefes de la insurreccion no sufrían el castigo que merecian, él mismo se daría la muerte para que quedara en su pueblo el eterno remordimiento de haberle asesinado.

Viendo lo inútil de sus ruegos, Guacalcinla y su madre, seguidas de sus servidores, abandonaron el cuartel de los españoles, resueltas á influir en el ánimo de los jefes mejicanos para que no contribuyesen á la muerte del monarca.

Al verse solo Motezuma, llamó á Hernan Cortés, porque queria saber la verdadera situacion de su pueblo, y ver si aun podia sostener en su alma alguna esperanza.

Con este objeto, suplicó á Hernan Cortés que llamase en su nombre al hueiteopixque, ó gran sacerdote.

Envió Hernan Cortés dos mensajeros de los de la



servidumbre de Motezuma para que le buscasen, y algunas horas despues se presentó solo en la puerta del cuartel, siendo inmediatamente conducido á la presencia de Motezuma.

El gran sacerdote iba resuelto á decir la verdad al emperador.

A las preguntas que le dirigió el monarca, contestó en estos términos:

—Vuestro pueblo, señor, comprende todo lo horrible del atentado que ha cometido, y el remordimiento ha paralizado sus fuerzas y le ha consternado.

Pero no ha borrado de su alma el sentimiento de odio que experimenta hácia los españoles.

Ese sentimiento le ha llevado á la desesperacion, y conducido por él, se ha atrevido á herir á su soberano.

No hay uno solo en Méjico que no diera su vida por salvar la vuestra.

Pero todos saben cuánta es la ostinacion que tenéis en conserva á vuestro lado á los extranjeros, y no habrá medio de calmar su inquietud.

—¿Cómo no se ha presentado á mí el príncipe de Iztacpalapa?—preguntó Motezuma.

¿Cómo siendo mi hermano, cómo habiendo recibido tantos favores de mí, se ha atrevido á ponerse al frente de los mejicanos para atacar á mis amigos?

¿Cómo despues del crimen que han cometido sus soldados, no ha venido á implorar mi perdon?

—Señor, el pueblo mejicano rechaza con indignacion el solemne pacto que habeis hecho con los espa-

ñoles, declarando á su rey heredero de vuestro trono; y ateniéndose á la tradicion y á su voluntad, ha nombrado para sucederos en la corona al príncipe de Iztacpalapa.

Motezuma dejó escapar un grito de indignacion.

—¡Ah!—exclamó, ardiendo en ira.—¿Y él la ha aceptado, y han sido mis vasallos tan miserables, que viendo yo han creido que podian disponer de mi trono?... Pero ¿qué puedo hacer para oponerme á semejante infamia?

Vos, gran sacerdote, ¿cómo no habeis proclamado mi autoridad, cómo no habeis recordado á los mejicanos que soy dueño del trono por la voluntad de los dioses?

—Los dioses están enojados con vos, porque habeis prohibido los sacrificios en los templos, accediendo á los deseos de los extranjeros.

—Que vergan á mi presencia todos los príncipes.

—Cacumatzin ha muerto á manos de los españoles.

—¡Esto más!

—Guatimozin ha jurado no venir al cuartel sino al frente de un ejército, para destruir á los enemigos.

—¿Es posible tanta obcecacion!

—El príncipe de Iztacpalapa no os obedecerá.

—¿Y los mejicanos?

—Los mejicanos nada esperan de vos.

—Bien está,—exclamó Motezuma.—Partid inmediatamente; yo os maldigo á todos.

El gran teopixque inclinó la cabeza y partió.



—¡Ah! —exclamó Motezuma.—¿Con que es posible que los dioses me hayan abandonado de este modo? ¿Con que me encuentro sin pueblo, sin corona, sin familia, sin nada? ¡Oh! Esto no es posible soportarlo. ¿Para qué quiero la vida, si es una ignominia conservarla?

Ellos me han herido; ellos sufrirán el castigo de los dioses, y al mismo tiempo el eterno remordimiento por mi muerte, porque moriré, sí; yo mismo acabaré con mi vida.

Y al decir esto se quitó de la frente las compresas que oprimian su herida, y con su diestra procuró abrir de nuevo la llaga.

En el momento en que acababa de consumir aquel atentado, y en medio de la fiebre de la desesperacion iba á arrojarse sobre el suelo para acabar con su vida, se presentó en la estancia fray Bartolomé de Olmedo, y conteniéndole:

—Hay un Dios,—exclamó,—que os ha dado la vida; solo él puede quitárosla.

El infeliz Motezuma, al oír aquellas palabras, aterrorizado de su propia obra, quedó en la más lamentable postracion.

La fiebre que le devoraba, la herida abierta de nuevo, y el desaliento en que habia caído, agravaron su mal hasta el punto de creer todos que se acercaba el fin de sus días.

---

## Capítulo XXXI.

---

La conversion de Motezuma.

No se ocultó á fray Bartolomé de Olmedo el aflictivo estado en que se hallaba Motezuma.

La pena que amagaba los días de su existencia, la imposibilidad de hallar consuelo para aquella pena, ofrecian la seguridad de su próximo fin.

Pero el deber de fray Bartolomé de Olmedo, como ministro del Sér Supremo, y al mismo tiempo el deseo que tenia Hernan Cortés de realizar uno de los fines principales que le habian impulsado á la conquista de Méjico, pusieron á los dos de mútuo acuerdo para desear que antes de morir Motezuma recibiese el bautismo y acabase sus días como cristiano.

Esta medida, no sólo satisfacía sus sentimientos religiosos, sino que podia producir un gran efecto



moral en los mejicanos, porque en aquellas circunstancias estaban todos arrepentidos del atentado que habian cometido con su emperador.

La reaccion que se habia operado en los mejicanos habia aumentado el prestigio del monarca, y si sabian que en los postreros instantes de su vida habia adjurado de sus creencias y habia abrazado la religion de los españoles, podian estos prometerse alguna influencia más de la que ya tenian sobre aquellos guerreros, que defendian con tanta energía y vigor su independencia.

Fray Bartolomé de Olmedo tomó á su cargo la mision de instruir en la fé al pobre emperador.

—Volved los ojos al pasado,—le dijo, aprovechando un momento en que estaba tranquilo,—y contemplad lo que son las grandezas humanas. No hace mucho érais un ídolo de vuestro pueblo. Los que antes os adoraban han puesto en vos sus manos. Y sin embargo, en estos momentos una fuerza superior os impulsa á perdonarlos, ¿no es cierto?

—¡Ah! Si,—exclamó con amargura Motezuma.

—Pues bien; ese sentimiento hácia vuestro pueblo que se ha despertado en vuestra alma, cuando se acerca el instante en que vais á dormir el sueño eterno, es el primer paso que dais por el camino de la fé. La religion cristiana nos manda perdonar á nuestros enemigos. ¿No experimentais una dicha inefable en medio de vuestra amargura, cuando cruza por vuestra mente la idea del consuelo que llevareis al alma de vuestros vasallos perdonándoles?

—Si,—dijo el emperador.

—Pues bien,—prosiguió fray Bartolomé de Olmedo;—esa dicha es la que resulta del cumplimiento de un deber.

Vos, poderoso ayer, que en un momento de desesperacion hubiérais condenado mil hombres al suplicio, hoy, en el lecho del dolor, sentís piedad para vuestros vasallos, y es que el dolor os aparta del mundo y os acerca á Dios.

¿Qué hacen, qué pueden hacer esos falsos ídolos á quien adorais para daros consuelo?

¿Por ventura han impedido que llegueis á la affictiva situacion en que os encontrais?

¿Han detenido el brazo de vuestros vasallos en el momento en que lo han levantado contra vos?

—Los dioses me han castigado con justicia,—exclamó Motezuma.—Ahora me contemplo despojado de todas las vanidades de la vida, y considero que es justo el castigo que sufro.

Yo he llevado la guerra á las tribus más apartadas de mi ciudad, y aprovechándome de sus escasas fuerzas, las he sometido á la esclavitud, las he unido á mi carro de triunfo.

De entre los seres indefensos que las formaban, al caer prisioneros en mi poder escogia los que queria, y los enviaba á los templos, donde eran sacrificados para aplacar la cólera de los dioses.

En Méjico mismo he considerado á mis vasallos como ciegos ejecutores de mi voluntad y mi capricho.



He sido un verdadero tirano, y por eso merezco verme abandonado de los dioses, olvidado de mis vasallos, herido por mi pueblo, condenado á una muerte oscura y afrentosa.

Y recordando la situacion en que se hallaba:

—Ya lo veis,—añadió con tristeza;—mi hija se ha separado de mí, porque su esposo no ha querido obedecerme.

Mis deudos, mis amigos, mis favoritos, me han abandonado, porque ya nada esperan de mí.

Hasta mi misma esposa ha huido con sus hijos á ocultar la vergüenza que le causa el triste estado del que en otro tiempo era ídolo de un pueblo.

Al acercarse mi última hora, están lejos de mí todos los seres queridos de mi corazón. Sólo sus sombras, como fantasmas amenazadoras, rodean mi lecho, y me parece oír en medio del silencio de la estancia en donde agonizo su eterna maldicion.

—¿Y deseais la muerte?

—Sí; la deseo.

—Pero ¿creeis que muere el alma? No, no muere: el Creador de todo lo que existe, al despojar al alma de la materia que la envuelve, la lleva á una mansion de dolor para que purgue allí sus delitos.

—¿Sin perdonárselos?

—¡Oh! No; se los perdona. Pues bien; la religion cristiana, que es la verdadera, tiene piedad para los pecadores. Los que os han conocido, los que como yo hayan podido apreciar lo que vale vuestro corazón,

saben que no sois tan culpable como vos mismo presumís.

—¡Oh! Sí,—exclamó Motezuma;—soy muy culpable

—El pecador que confiesa su pecado,—prosiguió el misionero,—muestra arrepentimiento, y el arrepentimiento es lo que más aplaca el justo enojo del Dios de justicia. ¿Creeis vos que siendo hechura del Sér Supremo, que habiendo recibido de él la vida, tenéis derecho para quitárosla, para destruir su obra?

—No.

—Pues entonces ¿en qué razon fundais el culto que tributais á vuestros ídolos, reducido á sacrificar en sus aras millares de seres inocentes, que no han cometido más delito que el de no haber nacido en Méjico?

¿Creeis que pueden ser verdaderos representantes del autor de todo lo que existe unos dioses que necesitan para aplacar su enojo ver á los piés de los altares correr la sangre humana?

Pero ¿qué más? ¿Creeis que si no nos hubiera traído á estas regiones el deseo de convertirnos a todos á la fé, de mostrar la verdad divina, hubiéramos arrostrado las penalidades de los viajes, las consecuencias de los combates con la fé y la resignacion, con la energia y el heroismo que nos ha dado el triunfo en todas ocasiones, luchando en corto número contra inmensas falanjes de soldados.

¡Ah, Motezuma! Volved en vos, oid mis palabras y seguid mi consejo. ¿Qué gran fin el vuestro si antes



de cerrar los ojos á la luz para dormir el sueño eterno, sentís en vuestra alma el dulcísimo bálsamo de la religion cristiana, morís perdonando y bendiciendo á vuestros enemigos, é implorais con el más profundo y sincero arrepentimiento el perdon de vuestras culpas!

Motezuma guardó silencio breves instantes.

—¿Tanto poder tiene ese Supremo Sér á quien adorais?—preguntó despues á fray Bartolomé de Olmedo.

—Motezuma, tú has sido uno de los más grandes y más poderosos monarcas de la tierra. Has podido satisfacer todos tus caprichos, someter á tu voluntad á millares de hombres, y sin embargo, no has podido tú mismo fabricar, ni hacer que tus más inspirados artistas fabriquen, un grano de arena como el que el mar arroja á la playa, una humilde florecilla como la que nace en los campos y brota en la alfombra de verdura.

¿No creéis, pues, que existe un sér invisible, mucho más grande, mucho más omnipotente, no ya que un rey, sino que todos los reyes del mundo?

—Ese es Tezcalepuzca.

—Llámale como quieras; pero reconócele, y no te detengas en esa creencia. Cree como nosotros que de una Virgen inmaculada nació el Mesías, hijo de Dios, con la mision de quitar los pecados del mundo. Que ese hijo predilecto del catolicismo, que Jesucristo su maestro, practicó la caridad, combatió la tiranía y la opresion, y despertando la inteligencia del hom-

bre y su corazon del letargo en que yacian, le dió con el sentimiento religioso esa grandeza que hace que el más insignificante de los cristianos sea infinitamente más grande que tú, adorando ídolos deformes, que ningun consuelo te ofrecen, que no abren á tus ojos ningun nuevo horizonte.

Motezuma oia con recogimiento, con fervor, las exhortaciones del padre fray Bartolomé de Olmedo; pero vacilaba

—Meditaba en lo que os he dicho,—añadió el misionero.

Y guardando profundo silencio, permanecieron algunos instantes:

El moribundo vacilando.

El misionero esperando su conversacion.